



Capítulo 115 - Mi Raphaeline II

Naturalmente, los demonios no revelan sus nombres existenciales, su huella en el mundo... Sin embargo, por lo que Rafaela apostó, tuvo que hacerlo. Le dio su nombre a Virgilio.

Revelar un nombre existencial es un acto de extrema vulnerabilidad para un demonio. Ese nombre, más que una simple identificación, es la esencia de su existencia.

Para los demonios, ofrecer ese nombre no es simplemente abrir la puerta para que alguien los entienda; es entregar la llave para que su propia esencia sea moldeada o destruida.

"Si ganas, mi alma es tuya."

Ofrecer el alma es exactamente ofrecer la esencia... Vergil, naturalmente, estaría confundido; sabe poco sobre esto. Sobre el verdadero poder de los demonios al absorber almas...

Rafaela lo sabía. Sabía muy bien lo que arriesgaba al aceptar la apuesta de Virgilio. Pero, en aquel entonces, la arrogancia había hablado más fuerte.

Nunca imaginó que perdería. Y ahora, allí estaba, de pie ante él, con su apuesta perdida, y su nombre... su verdadero nombre... ya no era solo suyo.

Cuando Raphaeline le susurró ese nombre al oído, algo en su interior se conmovió. No era tonto; sabía que era más que una simple victoria.





La reina permaneció inmóvil tras murmurar el nombre, con la respiración ligeramente alterada al observar la reacción de Vergil. Por un instante, pareció desarmada, casi arrepentida, como si comprendiera la magnitud de su rendición.

Sus ojos se encontraron con los de él, llenos de emociones contradictorias... orgullo herido, vergüenza, pero también un inesperado atisbo de alivio. Era como si, en su derrota, finalmente se hubiera liberado de algo que la ataba.

Vergil no apartó la mirada. No era un hombre que temiera las implicaciones del poder; vivía para dominarlas. Ahora, con el nombre de Raphaeline en su poder, sintió algo nuevo. Un vínculo indestructible, una conexión que iba más allá de las palabras, más allá de las promesas. Su esencia latía en su interior, y en un instante, lo vio todo: su pasado, sus miedos, sus victorias, sus fracasos. Sabía quién era Raphaeline, tan íntimamente como ella misma.

Una vez más... Vergil no era un demonio común... Ni siquiera debería haber podido hacer esto... De hecho, no debería haber podido reclamar el alma de una mujer tan poderosa. Porque, a pesar de la incongruencia de Raphaeline con sus acciones, ella seguía siendo uno de los Cuatro Reyes Demonio. Era fuerte y tenía un alma fuerte...



Un demonio recién nacido acaba de resistirse al alma de una Reina... Todo gracias a su control absoluto sobre la energía demoníaca y su extraño cuerpo.

"Así que esto es lo que realmente eres..." murmuró Vergil, todavía absorbiendo el impacto de todo lo que había descubierto.

Raphaeline desvió la mirada, con los hombros rígidos, como intentando ocultar la vergüenza que la consumía. "He cumplido mi parte del juego", dijo, con una voz más fría de lo que sentía. "Ahora, vete..."



Vergil ladeó la cabeza, observándola. Había algo profundamente fascinante en verla así... una mujer que siempre había sido un pilar inquebrantable de poder y autoridad, ahora rendida, aunque a regañadientes. Dio un paso adelante, acortando aún más la distancia entre ellos.

—No pareces muy convencida, Raphaeline. —Su tono era burlón, pero con una sutil calidez, algo que pareció confundir aún más a la reina—. Dar-me tu nombre no es el final de la historia. Es solo el principio.

Apretó los puños, y su rostro se sonrojó con una mezcla de humillación y una emoción que no podía identificar. "Ganaste. ¿Qué más quieres de mí?". Su voz vaciló un poco, pero mantuvo la compostura.

Vergil sonrió, una sonrisa que decía más que mil palabras. Se inclinó ligeramente, acortando la distancia entre sus rostros hasta que sus miradas se alinearon a la perfección. «Lo que quiero... eres tú. No solo tu poder, tu estatus o tu alma. Quiero a la verdadera Raphaeline. La que vi cuando me diste tu nombre. Y déjame decirte, querida... que es infinitamente más fascinante que la arrogante reina que intentas ser».



Raphaeline se quedó sin aliento por un instante. Nadie le había hablado así. Nadie se había atrevido a romper los muros que había construido durante siglos. Y allí estaba él, Vergil, no solo traspasando esos muros, sino derribándolos con una simple sonrisa y una presencia que parecía devorarlo todo.

"Eres insoportable", dijo ella, tratando de sonar firme, pero sus palabras salieron casi como un susurro.

—Puede ser —dijo encogiéndose de hombros—. Pero ahora no puedes quitarme los ojos de encima, ¿verdad?



Ada, que había estado observando la escena en silencio, estaba atónita. Su madre, la mujer más intimidante que conocía, estaba... cediendo. No solo cediendo, sino transformándose en algo completamente diferente frente a Vergil. Ada nunca la había visto actuar así, y era profundamente inquietante y, en cierto modo, fascinante.

—Esto es surrealista... —murmuró finalmente Ada, pero nadie le prestó atención.

Raphaeline intentó recuperar el control de la situación. «Tienes mi nombre, Vergil. Es todo lo que necesitas. No te dejes llevar por fantasías».

"¿Fantasía?", rió, una risa baja, casi cruel. "Raphaeline, lo que está pasando aquí es todo menos fantasía. Tu nombre late en mi interior. Es tu alma la que está conectada a la mía. No intentes minimizarlo."

No sabía cómo responder. Por mucho que lo deseara, su mente estaba hecha un torbellino, y el creciente calor en su rostro no ayudaba.

Virgilio seguía mirando a Rafaelina con una intensidad casi depredadora, absorbiendo cada matiz de su expresión. La reina, que hasta entonces había ostentado un aire de autoridad inquebrantable, estaba ahora completamente deshecha. Su respiración era pesada e irregular, sus manos temblaban imperceptiblemente y un profundo rubor teñía su rostro. Parecía una mujer al borde de un precipicio, dividida entre huir y rendirse ante lo inevitable.

—Así que, Raphaeline... —repitió, con la voz bajándose a un tono más suave, casi íntimo—. Eres mía. Y cuido muy bien de lo mío.

Dio otro paso adelante, acortando la distancia que los separaba. Raphaeline no retrocedió, pero tampoco avanzó. Sus ojos estaban fijos en él, abiertos





con una mezcla de vergüenza, vacilación y.... algo más. Ada, de pie a unos pasos de distancia, observaba la escena con total desconcierto.

«Ah... y pensar que se conformará con las hijas de las reinas... Esa mirada es la misma que tenía cuando descubrió que tenía tres esposas», pensó Ada al presenciar la escena más extraña y macabra que pudiera imaginar. «Empiezo a sentir celos... Pero es mucho peor con Zafiro».

Vergil levantó una mano y rozó suavemente la barbilla de Raphaeline, obligándola a sostenerle la mirada. Su toque era ligero, pero tenía una innegable fuerza. Raphaeline no dijo nada; parecía incapaz de articular palabra. Su respiración agitada era el único sonido que rompía el silencio.

Y luego hizo algo que nadie podría haber anticipado.

Sin dudarlo, Vergil se inclinó y capturó los labios de Raphaeline en un beso profundo, deliberado e innegablemente posesivo.



El tiempo pareció detenerse.

Raphaeline se quedó paralizada por un instante, como si su mente se hubiera paralizado ante el gesto. Pero a medida que transcurrían los segundos, cerró lentamente los ojos, sucumbiendo a la intensidad del momento.

Sus labios, vacilantes al principio, comenzaron a responder a su toque. Vergil no mostró prisa; controló el ritmo, calculando meticulosamente cada movimiento para asegurar que ella sintiera el peso de su rendición.

Ada, por otro lado, parecía al borde de un colapso. Sus ojos estaban abiertos de par en par, con total incredulidad, mientras veía a su esposo besar a su



madre. Abrió la boca para protestar, pero no le salieron las palabras. Era como si su cerebro tuviera dificultades para procesar algo que simplemente no tenía sentido.

—Bueno... creo que ahora entiendo a Katharina... Qué demonios —murmuró, haciendo pucheros.

Cuando el beso finalmente terminó, Vergil se apartó ligeramente, dejando sus rostros peligrosamente cerca. Sonrió, con esa sonrisa segura que irradiaba control absoluto de la situación. Los ojos de Raphaeline estaban nublados, como si se recuperara de un aturdimiento.

«¿Qué fue eso...? ¿Por qué... fue tan bueno...?», pensó.

—Así que este es el sabor de mi Raphaeline —murmuró Vergil, su tono teñido de una mezcla de satisfacción y algo más profundo.



Raphaeline se llevó una mano a los labios, aún sintiendo la calidez del beso. Su rostro estaba de un rojo que jamás imaginó posible. Intentó hablar, pero la vergüenza y la vulnerabilidad la silenciaron. Nunca en toda su existencia nadie se había atrevido a invadir su espacio de esa manera, y mucho menos con tanta audacia y confianza.

"Tú..." Por fin recuperó la voz, pero, aun así, era frágil. "Traicionaste a mi hija..."

"¿Eh? Claro que no. Ella ya conocía mis intenciones; simplemente no pensó que llegaría tan lejos", respondió con una suave risita. "Pero parece que no te importa tanto, ¿verdad? Después de todo, respondiste bastante bien al beso".



Raphaeline desvió la mirada, mordiéndose el labio inferior en un gesto que mezclaba frustración y nerviosismo. Quiso negarlo, gritar, reafirmar su orgullo... pero solo sentía el calor que aún le quemaba el rostro y el temblor en las manos.

Ada, recuperándose del shock, finalmente recuperó la voz. "Será mejor que me recompenses generosamente después de besar a mi madre delante de mí. ¡Estás loca!"

Vergil se volvió hacia Ada con una sonrisa desafiante. «Ah, Ada... No tengas celos. Tu madre es más que la reina arrogante que conoces. Y ahora es mía. La arreglaré por ser una madre tan terrible», dijo con una sonrisa, y luego añadió: «Y, por supuesto, te recompensaré... Te recompensaré muy bien...».

Antes de que pudiera replicar, una voz temblorosa interrumpió el momento. "¿Yo?", balbuceó Raphaeline, y su postura, antes regia, casi se derrumbó al mirar a Vergil con ojos brillantes y abiertos.



Vergil volvió a centrar su atención en ella, observándola con esa mirada penetrante que parecía traspasar cualquier fachada. Raphaeline parecía completamente desconcertada, con los labios entreabiertos y las manos aferradas nerviosamente a la tela de su vestido. Estaba claramente al borde de un colapso emocional... pero, sorprendentemente, parecía más vulnerable que humillada.

¡No puedo perderlo! ¡¡Este hombre!!! Con solo un toque... con un solo toque, me hizo sentir algo que ni siquiera las malditas espadas, que se suponía que eran mi gloria, me dieron. ¡Al diablo con todo esto! ¡Lo quiero ahora!

Vergil dio un paso hacia ella, acortando la distancia hasta que solo un susurro los separó. Sus ojos brillaron con una mezcla de diversión y algo más profundo, algo... intensamente posesivo.



"Raphaeline..." murmuró, con una voz suave como la seda, pero con el peso de una corriente irresistible. "Ya no tienes que fingir. Sabes lo que pasó en el momento en que me diste tu nombre. Ahora solo tienes que aceptarlo."

Raphaeline temblaba visiblemente. Sus manos, tan acostumbradas a blandir espadas y comandar ejércitos, ahora parecían incapaces de hacer otra cosa que aferrarse nerviosamente a la tela de su vestido. "Yo... yo no..."

—Shh. —Vergil levantó una mano, tocándole suavemente la barbilla, obligándola a mirarlo a los ojos—. Sin excusas. Sin mentiras. Ahora te conozco, Raphaeline. Conozco a la mujer detrás de la reina. Y déjame que te quede claro: me perteneces.

Ella abrió la boca para responder, pero la volvió a cerrar. *Bueno, he perdido... Así que al diablo. *

—Está bien... soy tuya... —dijo ella, con la voz ligeramente temblorosa.

